

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes... 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por un año 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: **LUIS RIVERA.**



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Por un año 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: **FRANCISCO ORTEGO.**

Crónica.

Los que presumen y aseguran que en Francia la república ha nacido muerta, tienen razón mil veces; y si bien sucesos muy significativos podrían dar algún viso de fundamento á la esperanza de que al fin se consolidase, basta reflexionar con un poco de calma para comprender que tal esperanza tiene mucho de ilusoria y no poco de utópica é irrealizable.

Malo es, muy malo, que los impacientes republicanos, ambiciosos de baja estofa, hayan escalado el poder en tan difíciles circunstancias, malogrando así y haciendo estériles los generosos esfuerzos de otros muchos partidos monárquicos é imperialistas que—como todos hemos visto—se disputaban la gloria de salvar la patria. Malo es esto, vuelvo á decir; pero no es este el obstáculo más grave con que la república francesa ha de tropezar en su camino. Ni lo es tampoco el hecho de hallarse numerosos ejércitos prusianos en territorio francés, porque esto al cabo puede que tenga buen arreglo, y aun si á eso vamos, muchas probabilidades hay de que así sea.

Lo anómalo de la proclamación no es dificultad de mayor cuantía—bien que debiera serlo;—pero las potencias extranjeras, dando un paso que dice muy poco en pró de su cordura y de su dignidad, han descendido á entrar en relaciones con ese gobierno: el gran escollo, el insuperable obstáculo de la república es la enemistad de nuestro colega *La Epoca*.

¡Infelices republicanos franceses! ¡Ay, que no saben cuánto ha de serles pernicioso y funesto el haber incurrido en el desagrado del diario alfonsista!

Y *La Epoca* tiene razón que le sobra para anatematizar y perseguir con encono implacable á los republicanos franceses, hasta que consiga, como seguramente conseguirá, destruirlos, aniquilarlos.

Napoleon III, sus cortesanos y aduladores, los Orleans y sus partidarios anhelaban tomar las riendas del gobierno para arrostrar los peligros y compartir los sufrimientos á que el pueblo francés se halla expuesto. Verdad es que Napoleon disimuló un poco sus intenciones y para mejor ocultarlas entregó su *inmaculado acero* al rey de Prusia; es cierto que los orleanistas no manifestaron de un modo claro su vehemente deseo, porque el buen parecer y el decoro, y otras consideraciones de la misma índole sellaron sus labios, y solo con su procacidad los republicanos cogieron—como dice gráficamente *La Epoca*—cogieron el poder haciendo mentidos ofrecimientos.

A bien que los pobres en el pecado llevan la penitencia: la primera desgracia que les ocurre es haber disgustado á *La Epoca*, y este periódico, desde la altura de su omnipotencia, ha declarado á la nación vecina guerra á muerte, sin tregua ni cuartel.

La Epoca no dice lo que deberían haber hecho los franceses, eso no; porque no habia de bajar un diario de sus prendas y condiciones hasta convertirse en pe-

dagogo de la muchedumbre grosera; pero adivinase fácilmente, y eso cualquier monárquico lo comprende, que el pueblo francés debería haberse levantado en masa á combatir por la patria y por el emperador: ese era su deber: no de otro modo nuestros padres vertieron su sangre por la religión y por Fernando (el deseado).

Es cierto que el deseado dichoso, una vez restablecido en su sòlio régio, persiguió á los legisladores de Cádiz, encarceló á los más intrépidos guerrilleros, tiranizó á los que le habian restituido una corona abandonada por él; pero eso no es cuenta de los súbditos, sino del señor, que demasiado sabe lo que debe hacer. Si los franceses peleasen hoy por su honra y por su emperador idolatrado, el Dios de los ejércitos favoreceria sus armas. Despues ya veria el emperador lo que fuese más conveniente: y no que ahora, proclamada la república, ni Dios puede patrocinar semejante absurdo, ni pueden sobrevenir á esa nación más que desgracias; y si no, dígame si es un grano de anís haberse enemistado con *La Epoca*.

Y es lo que el mencionado periódico dice: los republicanos han de expulsar al ejército invasor, han de normalizar la situación del país, han de dejar en orden y concertado lo que sin concierto y sin orden abandonó el gran Napoleon III, y aun así y todo necesitarán Dios y ayuda para que se los perdone. Porque—esto es bien claro—al emperador, que habia principiado la guerra, nada podia exigirle en conciencia; bastante habia hecho con principiarla; fuera de que cómo y cuándo pueden pedirse cuentas á un emperador? Pero á estos miserables descamisados, á estos perturbadores del orden social que han cogido el poder debe exigírseles todo, todo, lo posible y lo imposible, y ¡ay de ellos si no realizan verdaderos milagros!

La circular de Jules Favre no merecè un elogio. La gestión de Gambetta nada significa: las declaraciones tranquilizadoras de Henry Rochefort solo son dignas de una ocurrencia epigramática de *La Epoca*: este incansable enemigo anuncia hoy honda división en el partido: habla mañana de desórden en el país: ahora crea dificultades á la marcha del gobierno, é inventa despues obstáculos á la negociacion de paz.

Con tan poderoso enemigo, con tan terrible y tan cruel adversario, ¿qué república es posible? ¿Qué gobierno hay estable y duradero?

Inútil será la mediación de los Estados-Unidos; estériles serán los esfuerzos todos de las potencias neutrales; de nada servirán los mismos deseos de Prusia, cuyos intereses nada ganan con la continuacion de esta lucha sangrienta.

No, no hay medio de forjarse ilusiones. Nosotros, los republicanos españoles, repetimos un día y otro, y en mil poblaciones distintas, actos ordenados y pacíficos, prueba ostensible de la fuerza y de la sensatez del partido; eso es cierto. Ciertamente tambien que el Sumo Pontífice—olvidando su sagrado carácter—ha transigido con los demagogos de Italia, aunque en esto hay quien ve el dedo de Dios, y hasta la mano entera, si Vds. me apuran, que pretende poner

á prueba la paciencia del caritativo Pio IX reduciendo sus dominios temporales á la ciudad leonina.

Todo eso, y mucho más que puede sobrevenir, nada vale y para nada sirve, mientras la república tenga enfrente de sí un adversario como *La Epoca*.

¡Ah! Si mi voz débil pudiera llegar hasta el gobierno de Francia, pronto cambiaria la faz de los acontecimientos. «Suspended, suspended, les diria yo, toda medida de prudencia; cesad en vuestras gestiones para ajustar la paz; olvidad por un momento á los prusianos; olvidad las apremiantes necesidades del día; olvidadlo todo y ajustad primeramente una paz honrosa con *La Epoca*, vuestro más encarnizado y más temible enemigo. Hecho esto, podeis esperar todo: si no lo haceis, vuestra suerte está decidida, y la ruina de la república será inevitable.»

Recelando estoy que los republicanos franceses han de hacer el mismo caso de mis consejos que de las hostilidades de *La Epoca*: enhorabuena, pero no digan despues que no se les avisa á tiempo.

Yo he cumplido con mi deber presentando ligro y su remedio; el pueblo francés podrá desdenarme: no importa; la historia nos juzgará á todos; á *La Epoca*, á Francia y á un servidor de Vds., que besa sus manos,

A. Sanchez Perez.

POQUITO Á POCO...

...Hilaba la vieja el copo.
 ¡Oh carísimos liberales! ¡Si sabremos con quién tratamos!

Todavía haceis ascos á la república... ¡No importa, bobalicones, todo se andará!

¡Ay liberales de mis entrañas, si hace cuatro días, vamos al decir, que aun no habiais soltado la muletila de la unidad católica, y al fin os hemos hecho entrar por uvas!

¡Si aquí mismo, en mi mesa, delante de mí, debajo de la mano tengo los números impresos de *La Iberia* y *La Nación*, en que os revolvais contra el sufragio universal, y hoy apechugais con él con una carita de Pascuas y unas credenciales que dan gusto de ver!

Todo vendrá por sus pasos contados, angelitos de mis entrañas, que mal haya quien mal os hiciere, porque es pecado cebarse en quien como vosotros no sabe de cosas de mundo.

Poneis mala cara á la república... ¡enhorabuena! No nos descorazonamos por esto. Tendremos paciencia, una paciencia maternal con vosotros, y así como os hemos encajado la chichonera de las libertades de asociacion, reunion é imprenta, os calaremos hasta las orejas el gorro frigio cuando la ocasion nos parezca buena, y muy remonos que estareis con él, y os sentará de perlas con ese color morenito y esa gracia gitana que Dios os ha dado.

La última vez que fuisteis poder á medias, me acuerdo que disputabais sobre medio duro más ó ménos para el censo electoral.

Ahora que volveis á mandar á medias, ya aceptais el sufragio universal, sin distincion de clases ni precios; y conforme esta vez habeis cedido al empujónico, cedereis mañana al espaldarazo.

Pero dormid tranquilos, ¿ois? No temais que la república venga á sorprenderos de noche amedrentándoos con temerosas voces; no: vendrá como viene ahora, de día claro, pasito á pasito, sonriéndooos, convidándoos, acariciándoos, y vosotros sereis buenos muchachos, ¿no es verdad? y os dejareis besar y asear por ella.

Refunfuñad ahora, desahogaos: no hemos pensado nunca en que no debiais tener vuestras horas de recreacion y vuestros berrinchitos, no señor: las lombrices, la denticion os dan malos ratos; ¿hay cosa más natural?

Peró despues, ¡qué diantre! despues os vendreis á buenas.

Cinco años y medio ¿no fueron cinco y medio? estuvisteis echando pestes contra la union liberal, y despues os dísteis con un canto en los pechos de tenerla por amiga.

Otra larga temporada pusisteis mala cara á los demócratas, y hoy, á Dios gracias, los sufrís más ó ménos pacientemente, y en verdad que no habeis enflaquecido por eso.

Ya os oigo decir: ¡la república... qué horror! ¡la república... qué absurdo!

Decidlo, repetidlo, gritadlo, gemidlo... no le hace, chicos, no le hace.

Cuando sea la hora, os iremos preparando suavemente para tomarla, y aunque á la primera cucharadita sentireis mal sabor de boca, ello irá entrando poco á poco.

Primero con mal gesto pateareis, os pondreis los puños en los ojos, y con aquella lengüecilla estropajosa que aun aumenta vuestra gracia, direis: «¡Yo la quedo unitadía! ¡no la quedo fededal, no la quedo, que no!»

Peró por eso tampoco nos impacientaremos; os limpiaremos cuidadosa y tiernamente ojos y boca, y con benévola insistencia os haremos ir engullendo el caldo hasta apurar la taza con poso y todo. ¡Vaya que sí! Y que os gustará poquito salir los domingos y dias de gala con un adorno republicano á los que no seais ciudadanos rasos.

Vamos, no os hagais los traviesos. Habriais llevado en palmas por tercera vez á doña Isabel II si os hubiese cumplido la palabra aquella de los dos años y un día, ¿y no habriais de chupar el nutritivo biberon republicano, del modo que os lo confeccionaremos los que estamos encargados de ello?

Vuestro profesor ha escrito oficialmente hace pocos dias: «Paris.—Se ha proclamado la república.—Francia se ha salvado.»

Pues bien, corderos, vosotros con el tiempo sabreis tanto como el maestro y repetireis: «Hemos proclamado la república.—España se ha salvado.»

Porque vosotros, en vuestra inexperiencia, ignorais que nuestra gala consistirá en que seais vosotros mismos los que proclameis esa odiada república, así como en 1868 os obligamos á proclamar los por vosotros odiados derechos individuales.

Gruñid, patead, haced pucheros, dormís repitiendo maquinalmente que no quereis república de ningún género: con todo habeis hecho lo mismo, y siempre habeis ido á parar á donde era de presumir que parariais, conocida vuestra índole.

Sí, cachorros, sí; os la preparamos, os la amasamos, os la doramos, os la ornamentamos con su peregil, su mayonesa y sus tajaditas de huevos duros, y tanto si os agrada como si no, la engullireis y os chupareis los lábios y lamereis el tenedor, segun costumbre.

¿No quereis hoy? Será mañana: nada de precipitarse: calma, calma, que ello vendrá á su tiempo y poquito á poco, como lulaba la vieja el copo.

Roberto Robert.

¡¡¡ Á LAS ARMAS!!!

¿Con que por fin el poder italiano, en un instante declara al Papa cesante de su cargo, y sin haber?

¿Con que aunque de Dios la boca afirmó su subsistencia, sacamos en consecuencia que Dios tambien se equivoca?

¡Oh sacrilegio, oh maldad, causas de dolor profundo!
¿No hay ya virtud en el mundo?
¡Llorad, mis ojos, llorad!

A Roma desamparada deja el fusil y el bonete!
¿Qué hace don Carlos el siete que no ofrece á Dios su espada?

Mas ya *acude, corre, vuela*, y por lo sério lo toma.
¡Mira que va el diablo á Roma, que se cuele, que se cuele!

Sant-Yago, de los cristianos atiende los tristes lloros... que tanto da matar moros como matar italianos.

¡Oh vírgenes, las que encierra sin número el Calendario, bajad rezando el rosario, que haceis gran falta en la tierra!

Bajad, ó se pensará— de vuestro prestigio en daño— que los milagros de antaño no podeis repetir ya.

¡Ah! no hay virgen que resuelva este enredo nunca visto: se puso de espaldas Cristo y no hay un dios que lo vuelva.

Pues bien; ¡al campo! y vencidas vereis las profanas gentes: ¡oh vosotros, los valientes de las últimas corridas!

Roma, el Papa triunfará si tú arrojo no desmaya:
¡para un clérigo que vaya aun hay ciento por acá!

¡Sus! humillemos el brío, de esas turbas de hugonotes.
¡A las armas, sacerdotes!
¡Viva el papa-rey don Pio!

L. C. R.

¡VIVA LA REPÚBLICA!

No traigo arma alguna, no procedo tumultuariamente, porque estoy solo; necesito una expansion, debo ahuyentar de mí los malos pensamientos, ergo...
¡Viva la república!

O mejor dicho: ¡vivan las repúblicas ya hechas y la que para mí deseo!

Cuando pienso que, merced á la proclamacion de la república en Francia, desaparece el poder temporal del Papa...

Cuando pienso que será un rey el que lo borre, y que los conservadores italianos tendrán que cargar con el mochuelo...

Porque oye bien, amado Teótimo, y tú tambien oye, sensible Fabio: no somos los demagogos los que echamos á Pio IX, es un rey, ¿entiendes? Es un rey, por la gracia de Dios y otros pormenores, el que va á tener que habérselas con el refunfuñamiento, y la ojeriza, y las diatribas de toda la turbamulta piadosa del mundo.

Ellos, cerrado el puño y lanzando chispas, vendrán á ensalzar las excelencias de la monarquía.

Y nosotros, con un retintin de plazuela, replicaremos:

—¿A mí qué me cuenta Vd.? Le ha echado de su trono otro rey. ¡Cosas de ellos!

Y como esto habrá sucedido en virtud de la nueva forma de gobierno establecida en Francia, es claro que á renglon seguido exclamaremos: ¡viva la república!

Pues si la república acaba con la esclavitud en América y acaba con su pariente el poder temporal del Papa en el mundo, ¿tendrá uno el corazon tan empedernido para negarle á la república un sonoro viva de cuando en cuando?

Hoy estoy en voz; quiero dedicar lo mejorcito de lo poco que poseo á la bella, toda vez que

«Desde mis tiernos años yo consagré mi vida á sus amores;»

por consiguiente...

¡Ejem! ¡Viva la república!

Ahora imagina, ya seas Fabio, ya Teótimo, con qué impaciencia no esperaré el momento aquel en que al decir ¡viva la república! quede tambien victoreada España.

Cuando venga el dia en que al decir viva la república se sobreentienda federal y española, ¡oh! aquel dia, el primer dia sobre todo, creo que el júbilo pueda trastornarme hasta el punto de abrazar á un clérigo.

Momentos hay en que si yo creyese que la república se podia imponer por la fuerza, lo confieso, haria como los generales españoles: saldria á probar fortuna arriesgando la piel de unos cuantos bravos compañeros de glorias; pero soy tan incrédulo, que jamás he tenido fé en ese procedimiento.

En cambio tengo una ventaja. La ¡ilusion sin duda! que me forjo de que la república se va acercando, acercando, acercando, tanto que hasta se me figura que ya me oye cuando la victoreo.

Tres, tres repúblicas tenemos ya: tres no más: lo bueno escasea. Novcientas y tantas religiones hay en el mundo conocido, ¡y pensar que la desaparicion del poder temporal del Pontifice romano, siendo un hecho tan grandioso, es un mero accidente de la proclamacion de la república en Francia!

Pues si esto son las pequeñeces, ¡qué serán las cosas de bulto!

Y digo yo: lo que nos hace falta pronto es que los monárquicos españoles nombren un rey, que lo nombren en paz; que nadie se le oponga por medio de la fuerza, que tenga buena salud, muchos hijos y una piedad acendrada y ortodoxa.

Que le nombren y dejémosle hacer, sin darle el menor pretexto para que alcance glorias bélicas á costa nuestra.

Dejémosle hacer, que él aburrido se meterá en un lio ú otro. O por causa del Papa nos indispondrá con Italia, ó por causa de Portugal nos indispondrá con Inglaterra, ó por causa de algun pariente nos indispondrá con entrambos países, ó entrará en la liga de reyes para perjudicar á la Francia republicana, ó por sus vicios, ó por cualquier motivo análogo comprometerá á sus amigos, y el dia que haya hecho la gorda, si ellos quieren levantar el gallo les cerrará la bolsa, y allí será Troya.

Peró hace ya rato que no doy el grito.

Vaya una vez: ¡viva la república!

Pues como decia, más quisiera yo no tener que pasar por ese reinado y encontrarme nuevamente dentro de la forma republicana; pero como los liberales de mi patria, son... así, ¡que una vez por Cristina, otras por Espartero, otras por Isabel II, soñando siempre gollerías, nos han entretenido medio siglo en el pantano monárquico, y aun hoy andan por las tierras de Gullivert y por el país de las monas buscando rey democrático que pueda ajustarse al estuche constitucional que han labrado, temo mucho que me retarden el momento aquel en que sea grito nacional, grito oficial ese con que yo me obsequio de cuando en cuando, estando solo, sin armas, en actitud pacífica y ajena á todo ademan agresivo!

Me gusta más mi grito que el que puedan echar los monárquicos. Vamos á ver: ¿pueden decir ellos otra cosa que viva la parte de Constitucion ya vigente? ¿Y qué persona sensata va á salir con ese parrafazo, en cuya carrera se hiela el entusiasmo? No, no, estoy por el mio, breve y compendioso: ¡Viva la república!

J.

SOBERANÍAS CESANTES.

Correspondencia particular.

Douves 6 de Setiembre de 1870.

Isabel á Luis.

Recibid mi sincero pésame. El Dios de los ejércitos se ha portado en Sedan como se portó en Alcolea. Resignacion y santas pascuas. Despues de todo, nosotros podremos haber sacrificado dos naciones, pero... vivimos y triunfamos. Os recomiendo la seguridad del Banco de Londres.—*Isabel de Borbon.*

P. D. Dígame Vd. dónde piensa educar al niño para enviar el mio, porque á los dos se les acabó el oficio de príncipe.

Hessen-Cassel 7.

Luis á Isabel.

Je vous remercie, Madame, de la part que vous prenez á ma douleur. C'est un malheur! mais... pas pour nous. Mefiez vous éternellement de toute providence



—¿Qué se le ofrece á Vd.?
 —Que vaya Vd. preparando los trastos para mudarse, porque voy á ocupar la casa.

autre que celle de l'argent. Mes compliments très distingués á Mr. Marfori. Mon fils se trouve malade á Namur, mais, je vous prie de tout mon cœur, de ne pas faire pour lui aucune prière, car, en ce cas, sa mort sera certaine.—L. Napoleon.

Roma 7.
 A le Majestate (senza majestá) Luis Napoleon Bonaparte y Elisabetha di Borbon. (Dowe si troverano).
 Carissime in Cristho. Questo é finito!! Oggi medesimo prendo l'stratta-ferratta. Saró presto in Maltha. Di lá, voi scriberó sopra l'instabilitá delle cosse humane. Con gli miei benedizioni remetto qualcune bulle á mezzo prezzo.—Pio.

Madrid 8.—Teatro de los Bufos.
 A LUIS, ISABEL y Pio (donde se hallen).
 Os contrato.—Fijad las condiciones.—Arderius.
 Par la copia,
 S***

¡LE HAN ENGAÑADO!

¡Pobre Napoleon! ¡Yo creia que era un perverso, y no ha sido más que una víctima del dolo!
 El lo ha dicho con lágrimas en los ojos, camino del destierro, muerto ya el imperio; y si son sagradas las palabras de un moribundo, ¡cuánto más no lo han de ser las de un cadáver que se digna hablar todavía!
 ¡Le han engañado!
 «¡Oh, Margarita, Margarita, yo creia que eras un demonio y veo que eres un ángel... extraviado!»
 Así dice Buridan, ó sea Leoncio de Bournouville, á Margarita de Borgoña, precisamenté cuando por ór-

den de esta dan muerte al hijo de entrambos. Ella, empero, no se habia propuesto que mataran á su hijo, ¡no! Ella solo queria que asesinaran al padre.
 Leo en un periódico, á propósito de no sé qué accidente del viaje de Bonaparte: «La desgracia del emperador merecia más respeto.»
 Verdaderamente que escatimar respetos á Luis Bonaparte despues de los engaños de que ha sido víctima, es propio solo de gente demagógica.
 Él con toda sinceridad confiesa que le han engañado.
 ¡Si á lo ménos hubiera podido hacer esta confesion desde lo alto del trono!
 Si envuelto en la púrpura hubiese podido dirigir su voz á un pueblo irresoluto, diciéndole: «¡Diez y ocho años de lamentables equivocaciones me han apartado de mi pueblo!...»
 Pero ha tenido que decirlo desde un coche y disfrazado de general, oficio que el desgraciado no habia hecho nunca, y despues de haber rendido una espada que le fué devuelta por quien conoce el valor de esa clase de enseres.
 ¡Terrible situación!
 ¡Cómo ha abusado la socarrona plebe de ese benigno sugeto!
 Ella se dejaba amordazar, agarrotar, despojar, despedazar para hacerle creer que así se consolidaban el imperio y la dinastía, y despues de haber logrado cautelosa é hipócritamente infundirle una ciega confianza, se deja llevar á la guerra y sacrificar inhumanamente á trescientos mil hijos para dejarle burlado y hacerle desempeñar uno de los papeles más ridiculos de que hay noticia en los fastos imperiales.
 ¡Y habrá quien se fie de la mentida candidez de los pueblos!
 ¡Ah, no seré yo por cierto! Si yo fuese emperador y el pueblo á quien hubiese ametrallado y despojado se fingiese contento de mí, yo le diria: ¡ah, escorpion,

no te creo; ahora me pones buena cara, pero si mañana por casualidad te pasaran á sangre y fuego los enemigos de la patria, serias capaz de ponerme en el triste caso de tener que llevarme siete ú ocho carrozas para ir al destierro!
 Pero ¿qué importa que á mí por ser listo no me engañasen, si le han engañado á él?
 ¡Oh, cuánta razon tienen todas las viejas cuando repiten: «Los reyes son buenos; pero los que están á su alrededor les engañan!»
 ¡Qué ejemplo de esta verdad estamos viendo ahora!
 Disuelta por conspiradora la Asamblea Constituyente; presos los representantes que Francia habia elegido; asesinados en Paris y en los departamentos los transeuntes culpables de indiferencia y los republicanos culpables de obstinacion; desterrados y deportados cuarenta mil hombres, residuo de la matanza; Luis Bonaparte, bajo el pseudónimo de Napoleon III, podía gobernar hasta el fin de su ejemplar existencia á todas las viudas, hijos, padres y esposas de los franceses que todavía quedaban.
 Y no solo parecia indicar todo que iba á realizarse esa bella esperanza, sino que ya era cosa corriente que el niño heredaría el imperio que el padre, á fuerza de laboriosidad, perseverancia y economías, habia adquirido.
 Mas ¡ay! los pueblos no solamente son voltarios, sino que además son falaces, y desgraciado del que de buena fé se deja llevar de sus nobles sentimientos y procediendo sin doblez no teme ajenos fraudes.
 Ese no solo será engañado, sino que despues de gastarse trescientos mil hombres de su bolsillo, aun tendrá que pasar por el duro trance de que le falten al debido respeto en lo más amargo de su desgracia.
 ¡Y vaya Vd. despues de esto á ser emperador de nadie!
 En Paris, el vino estaba barato, la albañilería flo-

reciente; á cada dos pasos se encontraba un restaurant, en donde por poco dinero le llenaban á uno el estómago y le abrían el apetito al mismo tiempo; veintitres funciones de teatro cada noche, y juegos de manos, y circos de caballos, y bailes, y títeres, y hércules, y esqueletos de oficio; el decoro enaltecido hasta el punto de que ya la aventurera apenas se distinguía de la dama; la tolerancia enlazada con la piedad, solazaban al súbdito, ora con las ocurrencias picantes de la ramillettera nocturna, ora con los sermones á domicilio del P. Baller.

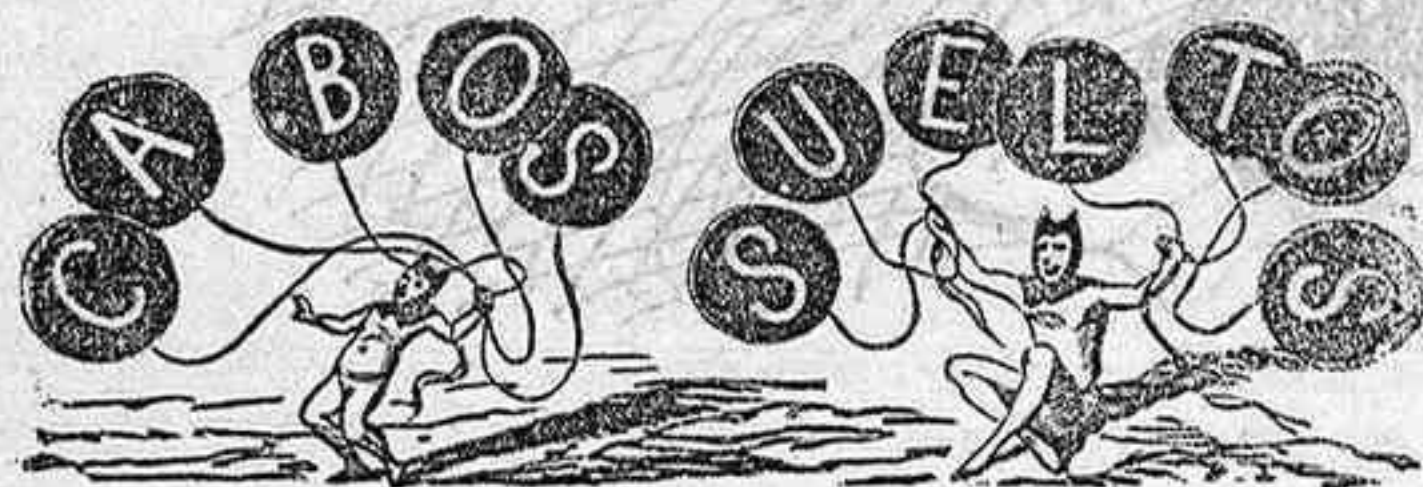
Paris reía, gritaba, bebía fingiéndose contento, y de pronto, por cuatro malas batallas pone cara de vinagre, gruñe como si le quitaran algo y deja abandonado al creador de todas sus alegrías.

¡Le abandona al enemigo la ingrata Francia; en vez de volar á su emperador para salvarle, reúne sus fuerzas para salvarse solo á sí misma, y con un egoísmo repugnante, llega á consentir que bajo el enorme peso de siete millones de votos tenga que presentarse al rey de Prusia y decirle: ¡Oh, señor, ya no puedo ser yo quien siga proporcionando gloriosa muerte á mis súbditos; proporciónese la V. M. de hoy en adelante; yo ya he eternizado la memoria de trescientos mil franceses; dignaos hacer otro tanto con los futuros cadáveres que aun quedan en esa patria mía, por cuya felicidad haré siempre los más ardientes votos! Conozco, señor, conozco, aunque tarde, que me han engañado. Esta lección me servirá de experiencia y juro que no volveré á ser emperador en mi vida.

Y ahí le teneis que se retira á la vida privada, llenos de enormes lágrimas sus ojos un tiempo picarrescos, y para colmo de dolor conoce que es víctima de un engaño y no encuentra el respeto á que era acreedor en su desgracia.

¡Ah, pueblos farsantes... ya os conocemos, ya!

Roberto Robert.



Napoleon se fué de Francia.

Y se fué Ollivier.

Y se fué Palikao.

Y se irán poco á poco los que declararon la guerra para que allá se las arreglen los que no la querían.

Solo faltaba que al marcharse repitieran la célebre y significativa frase: *Ah queda eso.*

Una desgracia nunca viene sola.

Ya no son los diarios moderados los únicos que aplauden al gobierno.

Tambien le aplaude... *La Epoca.*

Leo en un diario de noticias:

«Los diarios republicanos esperan el triunfo más completo de la república francesa sobre los ejércitos del rey Guillermo.»

¡Calle Vd., hombre, calle Vd.! ¿Quién le ha contado eso?

¿Pues no decían que se había envenenado Napoleon?

¡Qué locura!

Un emperador podrá matar ó hacer que maten á otro; pero matarse él, eso nunca.

¡Temo ser ludibrio de una pasión ilícita! Amo á Gambetta.

No sé quiénes fueron sus padres, ni si tiene rentas; pero le amo.

Los republicanos le gritaban: ¡Viva la República! y él les decía: No, en este momento sólo debemos gritar: ¡Viva la patria!

Ellos al oír esto le replicaban: ¡Viva Gambetta! y él repetía: ¡No, viva la patria!

¡Oh... la demagogia, el sansculotismo han pervertido sin duda mi corazón; porque yo...

¡Yo amo á Gambetta!

Al invadir el pueblo parisiense las Tullerías, todo el personal dorado, bordado y galoneado de la casa habia desaparecido.

¡Solo permanecia en su puesto la utilísima corporación de cocineros imperiales!

¿Où diable la fidelité monarchique va-t-elle se nicher?

En las primeras capitales de España, el espíritu religioso sigue fomentando los juegos de azar con las rifas de escarapates, imágenes (¡acaso bendecidas!), quincalla fina y alimentos del vicio, como son los cigarrillos.

¡Las gloriosas tradiciones de toda superstición aun viven!

Desde la caída de Buonaparte se publican en Paris 128 periódicos más.

«La gritería de los vendedores callejeros, dice *El Correo de Europa*, es insoportable.»

Lo comprendo; puede soportarse la prostitución sistemática de todo un pueblo; puede soportarse el ruido ametrallador del 2 de Diciembre; puede soportarse que los hombres de garito, los chulos, sean convertidos en mariscales de Francia; pero el vocerío de los pobres vendedores, ¡oh, eso no!

¡Lloraba!

Luis Bonaparte, al pasar por Lieja, sin herida alguna, sin haber sido vencido en la guerra, sin haber siquiera desenvainado su espada, ¡lloraba!

¡Desde el poder destruía á sangre y fuego millares de familias ese que al pasar por Lieja lloraba!

Ese que desde sus robados palacios detrás de las bayonetas y los cañones insultaba con desprecio á los republicanos, ese que se ha rendido sin pelear, ¡lloraba!

¡Ese era el seguro apoyo del orden, la firme columna de la propiedad, la religion y la familia! ¡Ese que lloraba ante los liejeses!

A todos cuantos le habeis ensalzado y admirado, ¡salud!

Alguno de esos clásicos y solitarios aficionados á la ópera *Treyschutz*, pide al empresario por medio de los periódicos que la pongan en el teatro ex-Real.

¡*Treyschutz!* Recuerdo que este verano se ha hecho en el teatro de Madrid, decorada admirablemente. Será muy buena, pero el público no la entendió. Será muy buena, pero no dió entradas.

El ejército pontificio ha cumplido su misión.

Fundóse para defender al Papa.

Ha cobrado su sueldo, merced á las limosnas de los fieles.

Llega hoy el momento de pelear, y se retira, mientras los soldados italianos entran en Roma.

Ahora solo falta un Carulla para cantar su gloria.

—*El Figaro*, el *Gaulois*, la *Liberté* y otros diarios imperialistas de Paris son hoy republicanos.

—¿Y le extraña á Vd. eso?

—Hombre, siempre llama la atención...

—Si mañana se proclama la república en España, verá Vd. republicano al mismo Montpensier,—con su servidumbre de periódicos.

—Estas pequeñas sublevaciones carlistas hacen mucho daño á la nación.

—No tanto, amigo mio, porque en cada una perecen ocho ó nueve curas...

—¿Y qué?

—¡Que eso se gana!

Hace dias que los periódicos neos aconsejan á los carlistas que se subleven.

Y acto continuo dicen que el gobierno ha preparado la insurrección.

¡Esto, esto es lo que se llama habilidad política!

No bastando con las fábricas y almacenes de Francia, se piden á España telas negras para los lutos.

Hé aquí en lo que ha venido á parar el próspero comercio de 18 años de tiranía.

Leo en la *Gaceta* que á una partida levantada en Búrgos le han causado 23 muertos, entre ellos el cura de Navajas y otro ordenado.

Pero, señor ¿cuándo saldremos de estos curas? ¡No se acaban nunca, hombre!

Por el ministerio de la Guerra se ha abierto certamen hasta 31 de Octubre para una *marcha nacional*.

El premio consiste en 8.000 rs. y varios honores.

Suplico á los músicos que no nos den otro himno de Castro.

La *Correspondencia* decía con cierta admiración en uno de sus últimos números:

«El señor gobernador de la provincia recorrió de nueve á doce de la noche, á pié y solo, las calles de la capital.»

¿Con que solo y á pié? ¡Pobre señor! ¿Y no se sabe si le ocurrió alguna desgracia?

Ea, ya hemos averiguado las valentías de Napoleon. Al entregarse prisionero, mandó á un su edecan que quemara las banderas para que no cayesen en poder del enemigo.

Vamos, esta hazaña le engrandece á mis ojos.

Luego dirán Vds. que un emperador no tiene ocurrencias.

Nota.—El edecan las quemó sin que lo mandase el emperador.

¡Ni aun esto!

Se habla de un arreglito entre Victor Manuel y el Papa, por el cual este conservará su soberanía y sus embajadores...

¡Sopla!... ¿sus embajadores? ¡Ah, sí, como no los paga el Papa!

Diez y ocho mil duros pagamos nosotros al embajador del Papa, lo cual no impide que los curas se subleven.

De modo que Victor Manuel se apoderará de los Estados del Papa, y nosotros seguiremos pagando al embajador de Roma para que ese buen Pontifice se haga la ilusión de que es rey.

La consecuencia no es muy justa, pero es muy católica.

Después de decirnos que tantos generales habian perecido heroicamente en Sedan, resulta que ni aun es cierta la muerte de Mac-Mahon.

Dice un periódico que Canrobert se halla en Londres, que Wimffen está prisionero en Alemania, que la muerte de Faily no se ha confirmado.

¡Demonio! A estos héroes les pasa lo que á los de teatro, que resucitan después de la batalla.

El empresario del teatro de la Opera se ve este año acosado por los abonados.

Al anuncio de la nueva temporada y de los artistas contratados, todos solicitan su abono.

Más vale así.

Indudablemente las circunstancias en que se encuentra Paris contribuyen mucho á esta exuberancia de gente *comm'il faut* en Madrid.

Sea enhorabuena.

A mí lo que más me entusiasma es la lista de la compañía. Me prometo pasar buenos ratos.

Así como tengo siempre palabras de censura para los malandrines literarios, debo hoy rendir un tributo de cariñosa simpatía al ilustrado jóven sevillano don Antonio Sanchez Moguel, por las cartas sobre la *CANCION A LAS RUINAS DE ITALIA*, que publica la *Gaceta*.

En ellas prueba el Sr. Moguel que la *CANCION* citada no es ni *en todo* ni *en parte* de Rioja. El original de la publicada como de este último poeta es de letra y puño de Rodrigo Caro, como las anteriores.

El Sr. Moguel ha hecho un servicio á la literatura aclarando un punto interesante, y la crítica debe contarle entre sus primeros campeones.

Reciba la enhorabuena de *Gil Blas*.

Nuestros gobernantes parecen niños.

Retrasaron la promulgación de la amnistía porque no quisieron que se juzgase que accedían á la presión de los periódicos.

Ahora se oponen á la convocatoria de Cortes por lo mismo.

Pero tontos, retontos y archiretontos, ¿hay algo más glorioso para un gobierno que atender las indicaciones de la opinion pública?

¡Oh gobierno, gobierno, eres casi tan inepto como ridículo!

La *Correspondencia de España* recibe cartas de Marsella en que se habla de atropellos y de excesos.

Tambien es desgracia de *La Correspondencia* tener correspondientes pesimistas en todas partes.

Bah, consuélase el diario de noticias, acaso habrá exageración.

¡Qué diablos! las cosas vistas desde lejos físicamente disminuyen y moralmente aumentan.

En tanto van y vienen notas diplomáticas para dilucidar la difícilísima cuestión franco-prusiana, nuestro ministerio de Estado se entretiene en mandar á Berlin una... *marcha* dedicada al conde de Bismark.

Cuatro ejemplares se han remitido.

Y estoy yo figurándome las caras que habrán puesto aquellos reflexivos y calmosos alemanes cuando desenvolviendo los papeles hayan encontrado, en vez de hojas de cancillería, notas de música.

¡Cielos! ¡Qué sorpresa!

MADRID: 1870.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CEBEZA, 27.